

sobre Chemnitz, y de Carlsbad sobre Zwickau. Ney, Marmont, Murat, comunicaron á Napoleon exactamente cuanto pasaba ante sus ojos.

Napoleon recibió el 5 de octubre por la mañana el parte del excelente combate de Wartenburgo, y en el curso del propio dia el pormenor de todos los movimientos operados por sus diversos cuerpos de tropas. Como se le decia que la masa, que se habia presentado en Wartenburgo y conseguido cruzar por allí el Elba, la formaba el ejército de Silesia, al punto hizo ejecutar un nuevo reconocimiento delante de Dresde, esto es, mas allá del Elba, y supo que la seguridad fundada sobre los reconocimientos del 22 y del 23 de setiembre se resentia de engañosa, pues Blucher acababa de desfilarse del 25 al 30 para trasladarse á Wittenberg. Desde entonces era notorio que solo se tenia delante en Dresde una cortina de tropas, y que, juntos sobre el Elba inferior los dos ejércitos de Silesia y del Norte, lo habian cruzado para remontar unidos las orillas del Mulda hasta la altura de Leipsick, ínterin el grande ejército de Bohemia iba á bajar allí por las montañas, lo cual debia traer consigo dentro de breve plazo la muy prevista reunion de todas las fuerzas de la coalicion sobre nuestras espaldas.

Napoleon no apareció ni conmovido ni turbado. Este era el anuncio de lo que deseaba ardientemente, es decir, de una batalla general, y en su confianza no temia mas que una cosa; que los coaligados, despues de tan atrevido movimiento, carecieran de valor para persistir en la empresa y trataran de ocultarse á la vista. No era dudoso que para marchar sobre ellos se necesitaba retrogradar

de Dresde. Solo surgia la cuestion de averiguar sobre cual de las dos masas caeria primero, á fin de batir á una tras otra, y tampoco le hizo vacilar un instante. No estaba próximo á llegar á Leipsick el ejército de Bohemia; y por otra parte Murat con cuarenta mil hombres, debiendo hallar en Leipsick doce mil poco mas ó menos, y recibir los doce mil de Augereau muy pronto, de cuyo modo juntaria en totalidad sesenta mil hombres, podia cubrir á Leipsick en posiciones sucesivas y ganar algunos dias de esta suerte, ínterin Napoleon, que solo necesitaba tres marchas para trasladarse á Duben, junto al Mulda, tuviera tiempo de lanzarse entre Blucher y Bernadotte, de abrumar á uno y á otro, y de revolver luego sobre el ejército de Bohemia y de batirle á su turno. Si no le esperaba este ejército que tantas veces habia asomado solo para ocultarse casi al instante, y se apresuraba á tornar á Bohemia, en vez de correr en su busca, se daria á perseguir á Bernadotte y á Blucher vencidos, los acosaria con la punta de la espada hasta la capital de Prusia, realizaria así su proyecto favorito de alargar una mano auxiliadora á las guarniciones del Oder y del Vistula, y probablemente en este caso transferiria el teatro de la guerra al bajo Elba, donde tenia los dos poderosos puntos de apoyo de Magdeburgo y de Hamburgo.

Estas eran las eventualidades mas felices, y aunque todavia se mostraba Napoleon muy confiado, no estaba tan ciego que no admitiera tambien las eventualidades adversas, y sobre todo al ver el encarnizamiento de los coaligados. Con esta prevision envió al general Rogniat á Mersenburgo, para proporcionarse allí medios seguros de retira-

da sobre el Saale. Si los sucesos eran no funestos, mas si indecisos, se replegaría sobre el Saale y establecería allí su nueva línea de operaciones por mas ó menos tiempo, segun los medios de resistencia que allí encontrara.

En estos diversos casos todo parecia propender á la evacuacion de Dresde y de la parte del Elba comprendida entre Torgau y Koenigstein. Con efecto, si despues de vencer al ejército de Silesia ó del Norte, se iba Napoleon á establecer del todo sobre el bajo Elba, ó si se veía obligado á pasar el Saale de nuevo, por haber experimentado reveses en Sajonia, de uno ó de otro modo debia renunciar á Dresde. Bien es verdad que, si despues de batir á los dos ejércitos de Silesia y del Norte, lograba asimismo vencer al de Bohemia, se hacia dueño de la campaña hasta el extremo de no serle necesario evacuar punto alguno. Pero este era el caso mas favorable, y la prudencia no permitia que se contara bastante con su realizacion, hasta hacerlo base de los calculos para las operaciones. Napoleon dispuso las cosas de modo de hacer su movimiento completo y de evacuar hasta la ciudad de Dresde. De consiguiente la mañana del 6 de octubre hizo partir a toda la Jóven y Vieja Guardia hácia el bajo Elba, esto es, hácia Meissen. Sobre Torgau habia marchado el tercer cuerpo de Souham al primer rumor del combate de Wartenburgo. Igualmente mandó á Macdonald que partiera del campo de Dresde á Meissen, yendo á lo largo de la orilla derecha, lo cual no ofrecia peligro, no estando ya el ejército de Silesia en los alrededores, y proporcionaba además la ventaja de no obstruir la orilla izquierda. Cerea de setenta y cinco mil

hombres contaban la Guardia y los cuerpos de Souham y de Macdonald, que al cabo de dos dias iban á estar próximos á Ney, y de tres sobre el enemigo. En Dresde quedaban el primer cuerpo del conde de Lobau, el 14.º de Saint-Cir con siete divisiones y cerca de treinta mil hombres; fuerza considerable que en las diversas hipótesis que acabamos de enumerar no se necesitaba en la capital de Sajonia, y que sobre uno de los dos campos de batalla, donde se esperaba trabar la pelea, podía y debia decidir la victoria. Napoleon hizo llamar al mariscal Saint-Cir, y le causó una gran satisfaccion al exponerle sus miras, pues, además de que este mariscal opinaba lo mismo que Napoleon ahora, se mostraba aprensivo de que se le dejara en Dresde. De seguida trazóle cuanto debia ejecutar para el abandono de este punto. Ante todo evacuaria sucesivamente á Koenigstein, Lilienstein y Pirna, levantaria todos los puentes establecidos en estos diversos parages, reuniria todas las barcas que los habian formado, conservaria parte de ellas en Dresde, para el caso de que allí se tornara, y enviaria á Torgau las demás cargadas de víveres, de municiones y de heridos. Aun practicando estas cosas tan semejantes á una evacuacion definitiva, habia de decir el mariscal Sain-Cir en alta voz que no se pensaba en abandonar á Dresde, y que se iba á establecer allí por el contrario, valiéndose de este lenguaje para apartar á los moradores de la veleidad de agitarse. Terminadas estas disposiciones y mantenidos en pie sus treinta mil soldados, á la primera señal debia levantar el campo y de incorporarse á Napoleon por Meissen. Tales fueron las instrucciones dadas á este caudillo. ¡Y ojala

fueran observadas! ¡Probablemente cambiara la suerte de Francia y del mundo!

Aun faltaba explicarse con la corte de Sajonia. Sin caer en la inhumanidad, y verosímelmente tampoco sin peligro, no se podía dejar en Dresde y en medio de tantos riesgos á esta corte tan tímida y tan poco habituada á los horrores de la guerra. De esta suerte se la expondría á ser testigo de un ataque formidable y rechazado por medios extremos, ó si se la llevaba consigo, quizá se la haría asistir á alguna horrible batalla, como jamás la habian visto los hombres. Cruel era la alternativa. Napoleon dejó á su elección el continuar en Dresde ó el acompañarle al cuartel general. El buen rey Federico Augusto, que ya no veía otro arbitrio que el de enlazarse á la fortuna de Napoleon, prefirió su compañía á la de uno de sus lugartenientes, y estar en medio de doscientos mil hombres mejor que en medio de treinta mil tan solo. Así expresó el deseo de seguir á Napoleon adonde quiera que fuese. Había, pues, que resolverse á llevar tras de sí á esta corte numerosa, llena de viejos, de mugeres, de niños, porque había hermanas, hermanas, sobrinos, personas dignas y respetables y acostumbradas á la vida mas apacible y mas arreglada, levantándose, comiendo, acostándose y encomendándose á Dios siempre á las mismas horas, y trayendo á la memoria, salvo el escándalo, la sencillez, la ignorancia y la timidez de los Borbones de España. Napoleon quiso que marcharan en plena seguridad en cuanto fuera posible, con todos los honores correspondientes, y esto no era fácil en medio de seiscientos mil hombres, de tres mil bocas de fuego, y de veinte mil carros de guer-

ra, que iban á circular durante quince dias á algunas leguas unos de otros. Decidió que, partiendo el 7 de octubre con lo que llamaba el pequeño cuartel general, esto es, con Berthier, con sus ayudantes de campo, con uno ó dos secretarios y con algunos criados, el gran cuartel general, compuesto de administraciones del ejército y de la cancillería de Mr. de Basano, con los parques generales, y con la escolta de cuatro mil hombres, se pusiera en marcha al dia siguiente 8 de octubre. Protegido el rey de Sajonia por una division de la Guardia, se le debía unir con sus numerosos carruages. Mr. de Basano, acostumbrado á la vida de los campamentos, y habiendo aprendido de su soberano á no temer nada, tuvo el encargo de seguir al rey de Sajonia para acompañarle, y tenerle al corriente de las noticias, y pintárselo todo de color de rosa, sucediera lo que sucediere. De continuo debia ir un oficial de la Vieja Guardia al estribo de su coche, para enterarse de sus menores deseos y satisfacerlos al punto. De esta suerte y por entre los embarazos de los ejércitos mas numerosos que se han visto nunca, embarazos entre los cuales no era el menor que el excelente rey de Sajonia iba á viajar á jornadas cortas, oyendo misa todas las mañanas, viviendo en suma como en Dresde, detrás de su terrible aliado, que marchaba de dia y de noche, comia de prisa y dormia poco, y trabajaba casi sin interrupcion alguna, aun cuando hubiera echado ya el vientre de uno de aquellos principes enervados de las viejas dinastías. Pero un alma de hierro, un genio portentoso y un orgullo satánico animaban aquel cuerpo ya doliente y pesado y le movian como el de un joven.

Habiendo hecho partir el 6 de octubre á una parte de sus tropas, y el 7 á la otra parte, se puso personalmente en marcha la tarde de este día, y despues de detenerse en Meissen algunas horas, avanzó hasta Seerhausen sobre el camino de Wurtzen. Su larga experiencia de la guerra le habia enseñado que á media noche ó á la una de la madrugada llegaban las noticias mas importantes, porque los generales situados á diez ó quince leguas comunicaban á la caída de la tarde lo acontecido durante el día por conducto de oficiales, que en cinco ó seis horas hacian la travesía á caballo, lo cual proporcionaba el conocimiento de los sucesos á media noche y á veces á la una de la madrugada. Despachando al punto la respuesta, llegaban al dia siguiente por la mañana las órdenes indispensables, todavía á tiempo de ser ejecutadas, y de esta suerte cuerpos situados á gran distancia obraban bajo la inspiracion de Napoleon como si estuvieran á su lado. De este modo la noche, indispensable para el descanso de las tropas, bastaba para pedir instrucciones y obtenerlas. Pero esta prodigiosa máquina no podia recibir impulso mas que á condicion de que el genio, motor principal, estuviera siempre de pie y despierto, al menos en el momento esencial para el despacho de las órdenes. De consiguiente, y con especialidad desde esta última campaña, se acostaba Napoleon á las seis ó las siete de la tarde, se levantaba á media noche y dictaba su correspondencia hasta la mañana. Con efecto, este era el caso de velar de continuo, teniendo que mover inmensas masas en medio de otras masas inmensas, y que moverlas con exactitud rigorosa. Llegado Napoleon á Seerhausen leyó

algunas cartas, despachó algunas respuestas, tomó de seguida algun descanso, y volvió á partir durante la noche para Wurtzen, adonde llegó el 8 bastante temprano para dictar sus ordenes.

Alli estaba sobre el Mulda, casi á la altura de Leipsick sobre el Pleisse, y en proporción de dirigirse á Leipsick ó á Duben en el mismo espacio de tiempo. Su proyecto, al salir de Dresde, fué aplazar hasta Wurtzen sus resoluciones definitivas. Desde alli debia encaminarse á Leipsick sin demora, si empujado Murat vivamente no se podia mantener firme contra el ejército de Bohemia, ó bajar el Mulda hasta Duben, si Murat tenia medios de sostenerse aun algunos dias, y desembarazarse de los ejércitos de Silesia y del Norte, lanzándolos mas allá del Elba. Tambien debia dar al mariscal Saint-Cir la señal esperada para la evacuacion de Dresde.

Durante todo el camino recibió noticias ya de los desemboques de la Bohemia, esto es, de su izquierda desde que daba la espalda á Dresde y el frente á Leipsick, ya del Elba y del Mulda inferior, esto es, de su derecha. Todas concordaban en presentar el peligro como mas inminente hacia este lado, porque Blucher y Bernadotte juntos estaban próximos á caer sobre Ney, al par que Murat, aun viendo desembocar distintamente de Comotau sobre Chemnitz, y de Zwickau sobre Altemburgo, dos fuertes columnas, no se ha labado estrecharlo bastante de cerca para que pudiera inspirar temores. Ademas una fatal desavenencia sobrevenida entre Ney y Marmont añadia una razon harto urgente para ir adonde se hallaban estos dos caudillos. Véase lo que habia pasado. Habieado retro-

cedido Ney hasta Duben despues del combate de Wartenburgo, é instado á Marmont para que acudiera en su socorro, lo cual acababa éste de poner por obra trasladándose á Erlenburgo, de pronto abandonó su posicion y pasó por detrás de Marmont, para acercarse mas al Elba en la direccion de Torgau. Asi Marmont, en vez de servir de punto de apoyo, se hallaba á la cabeza y bastante comprometido, y ademas, por consecuencia del movimiento á que se le habia instado, quedaba Leipsick expuesto á las empresas de Bernadotte y de Blucher. El motivo que habia impulsado á Ney á este movimiento inexplicable, no era otro que el deseo de atraer el tercer cuerpo de Souham á su lado. No creyéndose capaz de ejecutar gran cosa con los cuerpos 4.º y 8.º de Bertrand y de Reynier quiso recoger personalmente y lo mas pronto posible el tercer cuerpo, que por largo tiempo habia mandado, y en el cual tenia gran confianza. No sabiendo qué pensar Marmont de la conducta de Ney y temiendo por Leipsick, retrogradó á su turno á Taucha.

De consiguiente, para lanzarse á la derecha sobre el Mulda, habia el doble motivo de atacar á Bernadotte y á Blucher, ya que habia tiempo, y de concordar á lugartenientes desavenidos. Al momento abrazó Napoleon su partido, resolviendo marchar de Wurtzen a Eilenburgo, esto es, bajar con los setenta y cinco mil hombres que llevaba el Mulda, empujando á Ney y á Marmont hácia adelante. Asi, caminando entre el Elba y el Mulda tan lejos como fuera necesario, esperaba ganar en celeridad á Bernadotte y á Blucher, y encontrarlos antes de que pudieran volver á pasar el Elba. Ha-

biéndolos visto siempre alejarse tan luego como asomaba, su zozobra no consistia en eludirlos, sino en darlos alcance, pues temia que muy pronto tuvieran miedo de lo que habian intentado, y aspiraran á huir á su aproximacion como de costumbre. Por desgracia no estaban de tal pensamiento, y muchas ventajas alcanzadas una tras otra sobre sus lugartenientes les habian envalentonado hasta el extremo de temerle mucho menos que antes.

Batidos Blucher y Bernadotte, se proponia Napoleon revolver sobre el principe de Schwarzenberg, si éste persistia en avanzar con el ejército de Bohemia, ó perseguir á Blucher y á Bernadotte quizá hasta la capital de Prusia, si el principe de Schwarzenberg se replegaba al saber la noticia de la pérdida de una batalla.

Por tanto previno al mariscal Ney que siguiera adelante con Reynier, Bertrand, Dombrowski, Souham y la caballeria de Sebastiani, 2.º de reserva, agregada á su ejército para reemplazar á la del duque de Pádua. Le ordenó que bajara entre el Mulda y el Elba, con la izquierda al primero y con la derecha al segundo, cubriéndose con su caballeria para no ser sorprendido, y antes bien para sorprender todos los movimientos del contrario. Tambien dirigió á Marmont hácia adelante, de modo que marchara por la orilla izquierda del Mulda, casi á la altura de Ney que estaba sobre la orilla derecha, y caminó en persona con toda la guardia y con Macdonald detrás de sus lugartenientes.

Al mismo tiempo comunicó á Murat lo proyectado contra los dos ejércitos reunidos del Norte y de la Silesia; le recomendó que no se empeñara en ningun lance; que, sin tropezar con el enemigo

que desembocara de Bohemia, le siguiera sobre el flanco; que se mantuviera siempre entre él y Leipsick, donde hallaria veinte ó veinte y cuatro mil hombres de refuerzo. lo cual le proporcionaria mas de setenta mil combatientes. Con efecto Napoleon habia situado al duque de Pádua en Leipsick con parte del tercer cuerpo de caballeria, distraido del ejército de Ney para correr detrás de los partidarios, dándole además los batallones en marcha y procedentes de Maguncia y la antigua division de Margaron. Esta reunion podia formar unos doce mil hombres de tropas activas, y veinte y cuatro mil con Augereau, que ya estaba cerca. A estos les previno Napoleon que se mantuvieran en guardia, sobre todo hacia el bajo Mulda, recelando que Bernadotte y Blucher se ocultaran ó hicieran contra Leipsick alguna tentativa. Por desgracia á todas estas instrucciones bien calculadas añadió Napoleon una resolucion justificable en el momento, si bien infinitamente sensible, y fué la de suspender la evacuacion de Dresde, para la cual se hallaba el mariscal Saint-Cir ya pronto. No dió contraórden precisa, pero dispuso que se dilatara, por la razon de que, empenándose el enemigo á fondo, ya por el lado de la Bohemia, ya por el del Mulda y el Elba, la batalla deseadisima se haria segura, tambien la victoria, y entonces tendria á dicha la conservacion de Dresde, adonde volveria el cuartel general á muy poco de haber salido. Evidentemente, porque se aproximaba la gran batalla, convenia que reconcentrase todas sus fuerzas; pero Napoleon razonaba respecto de Dresde, como habia razonado respecto de Danzick, de Stettin, de Custrin, de Glogau, con la esperanza temeraria de rehacer de un

solo golpe una fortuna comprometida por causas superiores y casi ya insuperables.

Habiendo pasado en Wurtzen la noche del 8 y el dia 9, á fin de dar lugar á que entraran en línea sus tropas, salió de allí Napoleon de noche, y llegó á Eilenburgo el dia 10 á las cuatro de la mañana. Se puso al frente de la caballeria ligera de la Guardia, y rodeado de todos sus cuerpos marchó sobre Duben, punto esencial donde debia encontrar al enemigo, y aun quizá la batalla que deseaba con ardimiento. En estos supremos instantes Napoleon se presentaba en medio de sus tropas, y frecuentemente á vanguardia. Con cerca de cuarenta mil hombres avanzaba en el órden siguiente. A la cabeza Ney, con lo que le quedaba de la caballeria del duque de Pádua, 3.º de reserva, y con el cuerpo de Sebastiani, 2.º de reserva, descendia hácia Duben, teniendo á la izquierda á Reynier mas allá del Mulda, en el centro á Dombrowski y á Souham junto á este rio, á la derecha á Bertrand marchando casi á igual distancia del Mulda y del Elba. Napoleon seguia exactamente en el mismo órden, llevando la caballeria de la Guardia y de Latour-Maubourg á la cabeza, á Marmont á la izquierda á un lado del Mulda, á la Guardia en el centro sobre este mismo rio, y á Macdonald á la derecha entre el Elba y el Mulda. Dos jornadas detrás iba el gran cuartel general con todos los parques, y especialmente con los buenos príncipes sajones, caminando al paso que se acomodaba á sus costumbres. Napoleon les enviaba noticias á cada instante. Jamás se habia hecho en guerra alguna marcha mas profundamente calculada ni mas vasta. Se avanzaba con precaucion suma, esperando ver asomar al

enemigo de un momento á otro, y deseándolo vivamente. Con efecto, se le descubria en todas direcciones, si bien replegándose, y esta vez pudo asimismo recelar Napoleon ver eludir sus golpes á los coaligados, tornando á empezar la táctica de ofensiva contra sus lugartenientes y de retirada ante su persona. Véase no obstante lo que acontecia entre ellos.

Blucher y el príncipe de Suecia en una entrevista que tuvieron el 7 de octubre, delante de los principales oficiales de los dos estados mayores, convinieron en marchar sobre Leipsick juntos, en la inteligencia de que solo con los mariscales Ney y Marmont tendrian que venir á las manos. El movimiento de los ejércitos del Norte y de Silesia debia comenzar tan luego como se aseguraran con fuertes cabezas de puente los medios de volver á pasar el Elba, en el caso en que se vieran obligados á pronunciarse en retirada. Mucho distaban estos dos caudillos de simpatizar uno con otro. El orgullo, la impetuosidad, la desconfianza ofensiva de Blucher habian agradado poco á Bernadotte, y la timidez de Bernadotte, oculta bajo una singular taciturnidad, no habia excitado la estimacion ni la confianza de Blucher. Apenas disimularon frias contemplaciones su reciproca antipatia, bien que se despidieran prometiéndose un comun acuerdo, tanto mas indispensable cuanto se hallaban empeñados en las operaciones mas peligrosas. Noticias secretas y procedentes del pais mismo informaron á Blucher y á Bernadotte el dia 9 de la aproximacion de Napoleon con todas sus reservas. Esto bastaba para turbar al futuro rey de Suecia, y para inducirle á la resolucion de volver á pasar el Elba. Blucher, que

no opinaba de tal modo, envió uno de sus oficiales al campo sueco, á fin de ventilar este nuevo incidente. Bernadotte apresuróse á declarar que se trasladaria detras del Elba, con el objeto de ahorrarse un desastre á no ser que el ejército de Silesia se le juntara mas allá del Mulda, para reunir en una sola masa los ejércitos de Silesia y del Norte (1). Juicioso era el dictamen y el general mas adocenado lo concibiera y lo adoptara sin disputa. Asi el general Blucher apresuróse á abrazarlo, aun cuando este movimiento tenia la contrariedad de hacerle perder su puente de Wartenburgo. De consiguiente acordóse que en el curso del dia 10 el general de

(1) En un atlas formado para la inteligencia de sus campañas, y acompañado de leyendas históricas minuciosas, ha dicho el príncipe de Suecia que el 7 de octubre provocó una entrevista con el general Blucher, y que, al primer aspecto de la distribucion de las tropas sobre el mapa, descubrió el peligro en que se encontraba este jefe, y le aconsejó que se le juntara pasando el Mulda, consejo que salvara á los coaligados. Despues de esta publicacion Mr. de Muffling en sus interesantes Memorias, selladas con el carácter de la veracidad, por mas que respiren las pasiones del tiempo, ha suministrado el medio de completar y de rectificar los asertos del príncipe de Suecia. Al celebrarse la entrevista del 7 de octubre, se ignoraba la aproximacion de Napoleon, que solo el mismo dia salió de Dresde, y por consiguiente el peligro de Blucher. No se suscitó la cuestion de trasladarse á Leipsick este dia 7 de octubre. Solo el 9 se supo la llegada de Napoleon con sus reservas, y al instante envió Blucher un oficial de su confianza para ponerse de acuerdo con el príncipe de Suecia. Este oficial halló al príncipe muy alterado de resultados de la aproximacion de Napoleon, y dispuestísimo á volver á pasar el Elba sin demora, si el ejército de Silesia no se le iba á juntar mas allá del Mulda, á fin de guarecerse detras del Saale de seguida. Blucher consintió en

York, que formaba la derecha del ejército de Silesia pasaria el Mulda por Jesnitz; que el general Langeron, que formaba el centro, lo pasaria por Bitterfeld, y por último que el general Sacken, que constituía la izquierda, lo pasaria por Duben. De esta suerte se hallaban todos los cuerpos del ejército de Silesia en movimiento, desfilando por delante de nosotros de nuestra derecha á nuestra izquierda, á lo largo del recodo que de Bitterfeld á Duben traza el Mulda. Para pasar á Jesnitz el cuerpo de York no tenia que dar mas que un paso. Solo necesitaba andar el de Langeron de Duben á Bitterfeld cuatro leguas. Por el contrario Sacken, que se hallaba en Mosekna entre el Mulda y el Elba, tenia que recorrer mucho mas camino para llegar á Duben, y sobre todo que maniobrar muy cerca de los franceses, por lo cual su travesía era singularmente peligrosa.

Mientras en el curso del 10 de octubre, á caballo sobre el Mulda, lo descendía el ejército francés hácia Duben, marchando el mariscal Ney á la cabeza, chocó vivamente con el cuerpo de Langeron, que se habia quedado atrás para esperar el cuerpo

ello, porque no podia haber dos dictámenes sobre este punto, ni aun para un subalterno de buen sentido, y acto continuo se puso en marcha para cruzar el Mulda. No hubo pues lugar á cuestion de ninguna clase, ni á consejo alguno capaz de salvar á los coaligados. Sin duda hubo divergencias á los dias siguientes, y en la relacion de monsieur de Muffling resalta que los dictámenes decisivos para el triunfo de la coalicion no fueron sugeridos por el príncipe de Suecia, y que por el contrario, para conseguir que los adoptara, se necesitaron grandes esfuerzos por parte del general Blucher y del ministro de Inglaterra.

de Sacken y entregarle el puente de Duben. Rechazóle muy impetuoso, y le quitó un parque de treinta carros. Estrechadisimo por las tropas del general Bertrand, que caminaban entre el Mulda y el Elba, se retiró Sacken como pudo, y hallando á Duben ocupado por nuestra vanguardia, operó un gran rodeo para ir á pasar por Raguhn el Mulda.

Llegado Napoleón á Duben á eso de las dos de la tarde, se apresuró á interrogar á los prisioneros cogidos, y supo que tenia á la vista á todo el ejército de Silesia, que habia desfilado y seguia desfilando por delante de nosotros, para ganar el Mulda hácia nuestra izquierda. Napoleón resolvió perseguirle sin tardanza y en todas direcciones. Dispuso que el mariscal Ney se trasladara con Souham á Grafenhaychen, camino de Dessau, tres leguas sobre la izquierda, que los generales Dombrowski y Reynier se encaminaron á la derecha sobre Wittenberg á orillas del Elba; que el general Bertrand, con su 4.º cuerpo y la caballería de Sebastiani, se dirigiera sobre Wartenburgo, tambien á orillas del Elba, para destruir allí los puentes del enemigo; y por último que Macdonald fuera en apoyo de Bertrand. Todos debian arrollar á los cuerpos de Blucher que, sorprendidos en la marcha, no podian oponer resistencia, y quitarles donde quiera los medios de pasar el Mulda y el Elba, á fin de apropiarnoslos exclusivamente. Napoleón se quedó en Duben con la Guardia, con la caballería de Latour-Maubourg y con el cuerpo del mariscal Marmont, para combinar allí sus movimientos ulteriores.

Al ver la manera con que se presentaban las cosas, le desvelaba sobremanera un cuidado. Sabia que el ejército del Norte estaba sobre su iz-

quiera detrás del bajo Mulda, ocupando los puentes de este rio y los del Elba mas abajo de la confluencia de ambos, y teniendo por consiguiente suma facilidad de volver a pasar el Elba y de sus- traerse á nuestra persecucion. Sabia que el ejército de Silesia, despues de cruzar el Elba sobre nuestra derecha por Wartenburgo, acababa de desfilarse á lo largo de nuestro frente, para cruzar el Mulda sobre nuestra izquierda y juntarse al ejército del Norte. No habia gran inverosimilitud en suponer que iban á comenzar de nuevo aquella evasiva, que tanto nos habia agotado de faerzas, y á pasar otra vez cuando nos acercáramos hácia Acken ó Roslau el Elba. Para Napoleon, que tenia necesidad de una batalla decisiva y que á cada paso sembraba el camino de jóvenes enfermos ó despechados, fuera esta una verdadera desdicha. De recelar era asimismo que, despues de operar inútilmente una larga travesía para dar alcance a los ejércitos de Silesia y del Norte, y con el designio de recaer luego sobre el ejército de Bohemia, ya hubiera pasado la coyuntura de alcanzarle. Su marcha sobre nuestras espaldas anunciaba sin duda proyectos mas atrevidos que de costumbre, pero tambien podia significar el deseo de no combatir mas que cuando los tres ejércitos se hallaran confundidos en uno solo. Ahora bien, por darles el valor de esperarnos, no podia sin embargo, Napoleon dejarles la ventaja de reunirse, pues los colocara respecto de nosotros en la proporcion de dos contra uno, superioridad numérica harto peligrosa para exponerse á ella; y con todo, mientras persistiera en interponerse entre las dos masas enemigas, una bajando y otra subiendo el Mulda, lo presumible pa-

recia que, amenazada individualmente cada una de ellas, procurara ocultarse á la vista. En esta perplejidad, no queriendo permitir que se juntaran una á otra, y obligado á elegir la primera contra quien habia de venir á las manos, abrazó el partido de caer á todo trance sobre la masa formada por los dos ejércitos de Silesia y del Norte, y para alcanzarlos, sin perder el medio de retornar mas tarde sobre el ejército de Bohemia, imaginó de pronto uno de los proyectos mas atrevidos y mas sábios que haya concebido jamás capitán alguno y que recibia una grandeza inaudita de la proporcion de las fuerzas con que iba á intentarlo (1). Napoleon determinó perseguir sin tregua á los ejércitos de Silesia y del Norte, pasar detrás de ellos el Mulda y el Elba, destruir todos los puentes, excepto los que estaban en nuestras manos, esforzarse así por poner á estos dos ejércitos en completa derrota; y como durante este espacio de tiempo, continuando el descenso del Mulda, habria empujado el príncipe de Schwarzenberg á Murat sobre Leipsick con viveza y aun quizá mas abajo, para entonces tenia decidido remontar el Elba en persona, sin abando-

(1) Mucho se ha hablado de este proyecto sin conocerlo, y casi se ha ridiculizado á fuerza de las suposiciones aventuradísimas que se han hecho, por no estar al corriente del verdadero pensamiento de Napoleon. Gracias á su correspondencia, cotejada con la de los generales que militaban á sus órdenes, podemos fijar su pensamiento verdadero, dia por dia, hora por hora, y se verá que en visperas de la mayor desventura, y aun añadiremos que la mas motivada por sus faltas políticas, su genio militar se desplegó con mas empuje y grandeza que nunca.